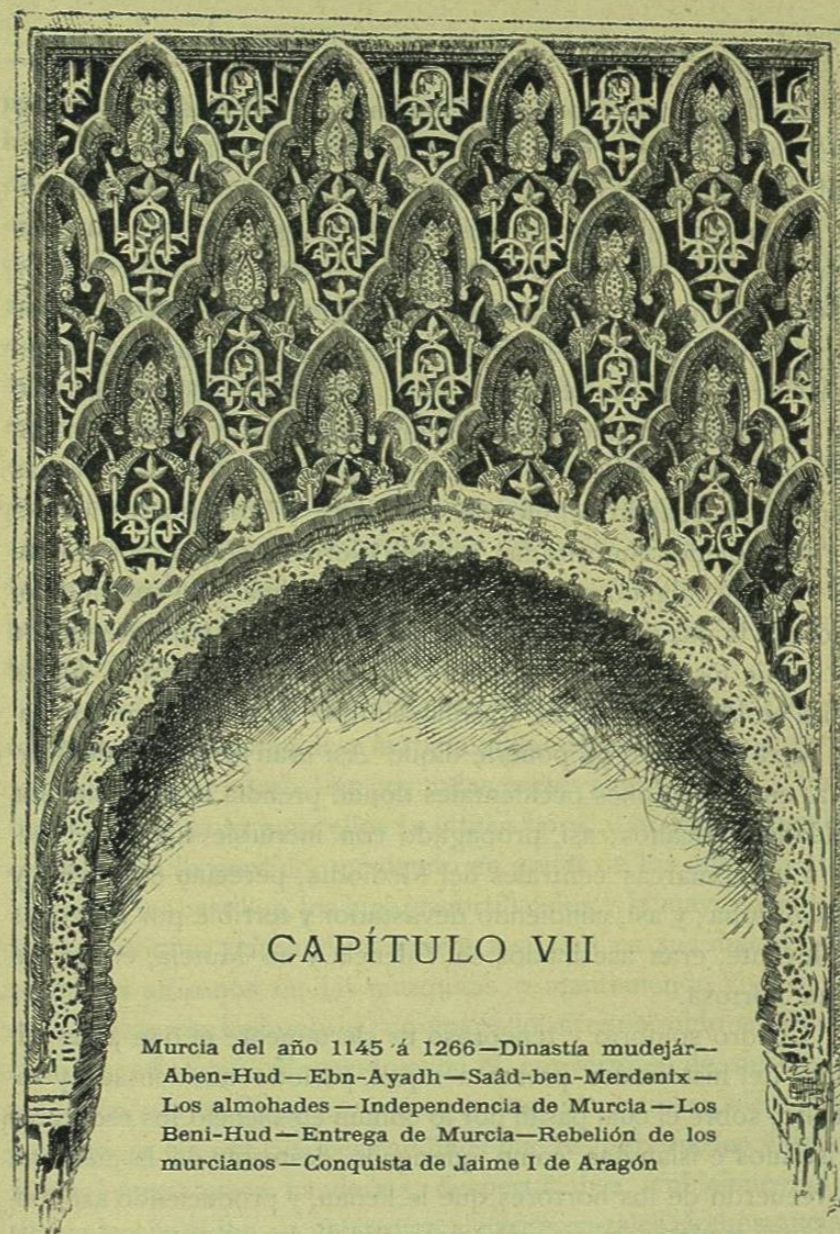


guo régulo de Zaragoza Saif-ud-Dauláh-ebn-Hud, reducido al señorío de Rueda, hiciese en 534 (1140) entrega de aquella ciudad al glorioso Emperador, quien después de armarle en Toledo caballero, le concedía el puesto de alguacil de los mudejares, *zalmedina (ssáhib-al-medina)* ó presidente de la aljama ó comunidad toledana. Con Alfonso VII, invadía los dominios andaluces hasta Jerez y Cádiz, y á su servicio producía terribles estragos en la tierra, aprovechando la inacción de los almoravides; y como la guerra, más que guerra religiosa entre cristianos y musulmes, había tomado el carácter de nacional, de españoles contra africanos, cuando Aben-Hud recorría triunfante las comarcas andaluzas, invitábanle los musulmes «á que con el favor de los cristianos les librase de los almoravides, hecha promesa de pagar al soberano de Castilla mayores parias que las que habían pagado sus padres, y de servir lealmente á Aben-Hud y sus hijos.» «Contestóles Aben-Hud, después de comunicado negocio tan importante con el rey de Castilla y oído por don Alfonso el consejo de sus magnates, que trabajaran aquellos en apoderarse de castillos y lugares fuertes, seguros de que, movida la guerra, no faltaría por su parte el emperador en acudir con poderoso ejército» (1).

No otra era la situación de los musulmanes, cuando vengaba Alfonso VII la muerte del alcaide de Peña Negra y penetraba por tierra de Murcia hasta Almería: aterrados los moradores de aquellas comarcas, ofrecíanle «de nuevo los tributos pagados por sus mayores,» haciendo entonces «segunda invitación á Aben-Hud, su compatriota, para que los dirigiese y amparase.» Veamos ya, cuál era al fin el fruto que recogía sagaz el emperador de la política por él inaugurada con tal fortuna, y cuál hubo de ser el término de aquella lucha entablada entre españoles y africanos.

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ: *Op. cit.*, pág. 64.



CAPÍTULO VII

Murcia del año 1145 á 1266—Dinastía mudejár—
Aben-Hud— Ebn-Ayadh— Saád-ben-Merdenix —
Los almohades — Independencia de Murcia — Los
Beni-Hud— Entrega de Murcia— Rebelión de los
murcianos — Conquista de Jaime I de Aragón

LEGADO era el año 540 de la Hégira (1145 de J. C.), cuando, largo tiempo acumulado y comprimido, aquel odio insuperable é invencible, odio de raza, profundo y enconado, que abrigaban contra los africanos almoravides los musulmanes españoles, estallaba con terrible estruendo en pavorosa y univer-

sal revolución por todos los confines de Al-Andálus. Con la energía de la desesperación y el ardimiento de la propia debilidad, en ciudades y aldeas, fortalezas y castillos, caía desenfrenada la muchedumbre sobre sus opresores, guiada sólo en tales momentos por el ansia del exterminio, ensangrentando con feroz deleite sus manos y cometiendo todo género de excesos en los sorprendidos almoravides, que huían llenos de pánico y se concentraban en su asombro para atender á su defensa. No en campo estéril, sino antes bien muy trabajado y fecundo, había sido con verdad sembrada la semilla de las promesas hechas por el destronado régulo de Zaragoza y gobernador mudejár de Toledo, autorizadas por el glorioso emperador Alfonso VII: apellidando pues independencia, colmado el sufrimiento, agotada la paciencia y hartos de vejaciones, abatíanse frenéticos de coraje los andaluces sobre las guarniciones africanas, fiados quizá en la protección de Castilla, sin que, desbordado el torrente, fuera hacedero ya ponerle dique. Así eran arrojados de Mértola, en las regiones occidentales donde prendía el incendio, los soldados africanos; así, propagado con increíble rapidez el fuego á las comarcas centrales del Mediodía, perecían en Sevilla y en Córdoba; y así, cundiendo devastador y terrible por las zonas de levante, eran asesinados en Valencia y en Murcia, en Lérida y en Tortosa.

Cuadro sombrío y tenebroso es ciertamente el que á las miradas del historiador presenta aquel período accidentado y revuelto, sobre el cual pasan por lo común en silencio los escritores cristianos é islamitas, como queriendo desterrar de la memoria el recuerdo de los horrores que le llenan, y produciendo así confusiones lastimosas que embarazan y dificultan el camino hasta el punto de hacerle intransitable. La rapidez de los sucesos, la vaguedad con que algunos se hallan consignados, la imposibilidad de reducir á términos historiales aquel desbordamiento de pasiones que se manifiesta bajo formas distintas é inciertas todas,—riesgos son que podrían ser por aventura salvados, si surgiera en

medio de semejante caos la luz apetecida, á cuyo fulgor la crítica hallaría entre las contradicciones, los vaivenes, el flujo y el reflujo de aquella revolución tan importante como llena de interés, el sendero anhelado que la condujese á puerto seguro. No ocurre así por desdicha; y á través de acontecimientos no bien discernidos ni quilatados, sólo es cumplidero sorprender como consecuencia entre el oleaje de aquel mar conturbado y revuelto, la aspiración á la independencia que impulsa ciega á los musulimes españoles contra los despóticos y rudos africanos, en quienes aquellos, envilecidos y enervados bajo las pequeñas monarquías de Táifa, pusieron sus esperanzas un día: cuando las armas de Alfonso VI amenazaban triunfantes la seguridad del Islám en la Península, y la sagaz política del emperador, atenta á los altos intereses de la Reconquista cristiana, sabía convertir en devotos auxiliares los propios enemigos.

Vanos fueron en tan imponente como general conflicto los esfuerzos de los almoravides; inútil la diligencia con que procuraron sus jefes sofocar la rebelión por todas partes amenazadora y terrible: había sonado para ellos la última hora, y no era ya posible recuperasen lo perdido, quedando en poder de los andaluces las ciudades, los castillos, los lugares fortificados y la mayor parte de las poblaciones; lanzando fanáticos los faquihs sus maldiciones sobre los africanos en las mezquitas, y manteniendo vivo así el odio de las muchedumbres, no apagado ni extinguido sino exaltado por el triunfo. Engreídos con él, convertidos de siervos en soldados, ebrios de gozo y juzgándose invencibles, elegían en tumulto en las poblaciones caudillos que los gobernasen y defendieran; formábanse banderías, despertábanse ambiciones, dividíanse en partidos, y cual ocurre siempre en tales circunstancias, los más audaces, levantados por el aura popular insegura, escalaban sin rebozo los primeros puestos, se enorgullecían con el mando, y se adjudicaban con pueril ufanía pomposos títulos é imposibles preeminencias. Si había sido unánime el impulso, si era una misma en su principio la aspiración de los musulmanes

españoles, esterilizado resultaba el movimiento, el cual, lejos de encauzar y dirigir todas las fuerzas hacia un fin salvador y patriótico, según lo habría sido la reconstitución de la unidad política, degeneraba en mortal división, de la cual surgían, débiles y enfermizas, tantas unidades acaso, como reinos se habían repartido en otros infaustos días la herencia del Califato de Córdoba.

La excitación febril de las muchedumbres; el ambiente de libertad que respiraba con deleite el pueblo, vejado y escarnecido hasta entonces bajo todas las tiranías, y no acostumbrado á disponer por sí de sus destinos; la facilidad con que había conseguido deshacerse de los aborrecidos africanos; la inexperiencia que es propia de las masas; el aturdimiento natural de la victoria no esperada, y la impremeditación que sella y caracteriza sus movimientos por la pasión guiados,—espuelas eran que mantenían despiertas todas las ambiciones, bastardeando aquel desesperado arranque y dejando franca la puerta á todas las infamias. Por eso, los ídolos del día anterior eran desbaratados y deshechos al siguiente; por eso, en la agitación y en la intranquilidad que reinaban, no es cumplidero por desdicha, según insinuamos, establecer con seguridad la debida gradación en los acontecimientos; y por eso, sin acordarse desvanecidas de las ofertas hechas en momentos de tribulación y de angustia á Saif-ud-Dauláh y al monarca de Castilla, juzgaban reconquistada y asegurada ya para siempre la mayor parte de las provincias su independencia, olvidándose de que los almoravides no estaban aún vencidos por completo, de que los excesos á que se entregaban los andaluces eran precursores de su propia destrucción y de su ruina, y sobre todo, de que Alfonso VII, poderoso como nunca, espiaba la ocasión para intervenir con provecho y gloria de Castilla.

Ensalzado por la plebe, Hamdin tomaba en Córdoba, con el pretencioso sobrenombre de *Al-Manssur-bil-Láh* (el vencedor con el auxilio de Alláh), aires y aparato de monarca; se intitulaba en su engreimiento *Amir de los musulimes*; batía con ambos dictados moneda en la antigua corte de los Califas, y ejecutaba

tales actos de prodigalidad y de soberanía, que al fin, cansado el pueblo de su estéril jactancia y su soberbia, volvía los ojos veleidoso hacia el ex rey de Rueda y vasallo de Castilla, cuya real prosapia era señal de garantía para los cordobeses; y libertándose del tirano á los pocos días de su exaltación, abría las puertas de la ciudad al gobernador mudejár de Toledo, reconociéndolo como á salvador en su entusiasmo. Valencia, proclamando enardecida al Cadhí Meruán-ben-Abd-il-Láh-ben-Meruán-ben-Jattab, encomendábale en los primeros momentos la defensa del territorio, amenazado por los almoravides que reconcentrabán acaso por aquella parte sus fuerzas en Albacete, y se fortificaban apercebidos á la lucha en los castillos de la comarca (1), reemplazándole á los tres meses en tan difícil puesto por el Amir Abú-Mohámmad Abd-ul-Láh-ben-Saâd-ben-Merdenix; y Murcia, siguiendo, como otras poblaciones el ejemplo, erigida en cantón independiente,—en medio de disturbios y asonadas continuas y aun sangrientas, de ambiciosas banderías á cuya cabeza figuraban varios jeques y cadhíes, alzaba por último como jefe del distrito á Abú-Chaâfar-Ahmed-ben Abd-ir-Rahmán-At-Táhir (2), vástago y representante de aquella dinastía á la cual debió Murcia en mucha parte su engrandecimiento durante la anterior centuria, y que surgida bajo el gobierno del eslavo Zohayr, señor de Almería, caía con el príncipe Abd-er-Rahmán At-Táhir á los golpes del codicioso Aben-Ammar, quien en nombre de Al-Môtamid de Sevilla se apoderaba arteramente del reino.

No era la constancia virtud de los tiempos, y menos de los tornadizos cordobeses; y trocado á poco para Ebn-Hud el vien-

(1) CONDE, *Historia de la dom. de los árabes en Esp.*, t. II (ed. de 1820), página 282.

(2) Aunque en absoluto y por completo no puede estimarse digna de entero crédito, pueden los lectores que lo desearan, consultar la enmarañada relación que Conde hace de los sucesos á que aludimos, y que copiada sin recelo por escritores extranjeros y nacionales, reproducen Ponzoa en su *Hist. de la dominación de los árabes en Murcia* (cap. XIII y sig.^{tes}), y D. José Bisso en la *Crónica* de dicha provincia.—Véase los caps. XXXV y XXXVII del cit. t. II de Conde, y las págs. 54 y 55 del t. II de Casiri.

to de la fortuna, levantada contra él, á pesar de los cristianos que figuraban en su ejército (1), la plebe misma que le había aclamado, poníale en la necesidad de abandonar aquella efímera soberanía, pasando á Jaén auxiliado por sus parciales. Reconocido en esta población, marchaba luego á Granada (2), donde batía á los almoravides y de donde tornaba de nuevo receloso á aquella ciudad, ocasión en la cual, rebelados contra Ebn-Táhir los murcianos por las sugerencias del alcaide Abd-ul-Láh Abd-er-Rahmán-ben-Ayadh,—como los valencianos por igual causa contra Add-ul-Láh-ben-Saâd-ben-Merdenix,—invocaban por medio de enviados y mensajeros el auxilio y la protección de Saif-ud-Dauláh, ya cognominado *Al-Mostâin-bil-Láh*, sometiéndose á su obediencia y rogándole que pasara á Murcia para ser allí solemnemente proclamado. Era Abd-er-Rahmán-ben-Ayadh devoto partidario de Ebn-Hud y hombre experimentado en los negocios militares (3), á quien no se ocultaban la situación peligrosa de los musulmanes españoles y la necesidad que, para normalizar y consolidar el triunfo sobre los almoravides, tenía la revolución del prestigio y de la autoridad que prestaba á Saif-

(1) La *Crónica del Emperador Alfonso VII* refiere que habiendo Hamdin tramado con Farax Abdalí de Calatrava una conjuración para dar muerte á Ebn-Hud y recobrar él el reino, conociendo el complot, «vocavit [Rex Zafadola] omnes suos fideles milites, et pedites Christianos, quos habebat in comitatu suo, et exiit cum eis de Corduba, et Farax Adali cum eo», y reprochándole su conducta, le mandó matar, por lo que Hamdin revolucionó á los cordobeses quienes destituyeron por tal causa á Ebn-Hud (cap. 91, pág. 394 del t. XXI de la *Esp. Sagr.*).

(2) Con ocasión de este viaje, cuenta Conde (t. II, pág. 300) la anécdota de que llegó Ebn-Hud á Granada y entró en la ciudad por Bib-Morur «y salió á recibirle el Cadí de la ciudad Aben-Adha, que salió á pie por más honrarle, y le saludó y hospedó á él y á su hijo Amad-Dola, y como éste pidiese agua le sirvió la copa Aben-Adha, y al ir á beberla, dijo un Alima que allí estaba: Sultán no la bebas, que está confeccionada: y no la bebió y avergonzado Aben-Adha que procedía con buena intención, porque no se creyese que en él había malicia, se bebió al punto aquella copa que estaba preparada, y así quitó toda sospecha de sí; pero en aquella noche murió, pues en verdad estaba confeccionada con ponzoña agri dulce, que parecía agua de azúcar y naranja: fuese acaso ú maliciosamente preparada para acabar con quien la bebiera de los Aben-Hudes.» Véase también lo que en el artículo de Ali Ben Omar Ben Adha refiere Casiri en el cit. t. II, pág. 53 de su *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis*.

(3) ABD-UL-GUÁHID AL-MARREROXÍ, *The history of the almohades* (texto árabe pub. por Dozy) pág. 149.

ud-Dauláh lo alto de su progenie y lo regio de su stirpe, así como también la protección del monarca de Castilla; y saliendo á recibir á Ebn-Hud con no exiguo número de caballeros murcianos, hacíale entrega de la ciudad, con grandes muestras de alegría por parte del pueblo que lo proclamaba jubiloso, según acontecía en Valencia, puesta á su devoción también por Ebn-Ayadh, y donde fué por el momento reconocido su imperio, el cual, más nominal que efectivo, se extendía de este modo por las regiones de Jaén y de Granada, comprendía la mayor parte de la antigua Todmir, inclusa Denia, y abarcaba todo el reino de Valencia. Eran éstos, sin embargo, «los últimos triunfos del capitán ilustre que, de abatido régulo de una ciudad pequeña, y de gobernador mudejâr de Toledo, había pasado á constituirse, bajo los auspicios del emperador, en vengador de los agravios de la raza árabe y fundador de una extensa monarquía» (1).

Fiel á su protector Alfonso de Castilla, y reiterando en aquellos días para él de prosperidad su vasallaje, Ebn-Hud se apresuraba á reclamar de los habitantes de Jaén y su distrito el pago de los tributos ofrecidos y pactados con el emperador, á fin de contar en todo tiempo, según lo convenido, con el auxilio de los castellanos. Bien sea por lo aflictivo de la situación á que en aquellos momentos de incertidumbre y de trastorno había venido la riqueza pública; bien porque en su engrimiento y bajo la influencia de Hamdin ya restaurado en Córdoba, se juzgasen las poblaciones sobrado fuertes para resistir á los cristianos como habían resistido á los almoravides,—era lo cierto que el ex-rey de Rueda encontraba por todas partes marcada oposición para cobrar los tributos, y sobre todo en la jurisdicción de Jaén, donde Úbeda, Baeza y los lugares comarcanos se negaban resueltamente, desconociendo así la autoridad del príncipe á quien ellos mismos habían antes brindado con su obediencia, como los compromisos voluntariamente contraídos. Ganoso de sincerarse con el empe-

(1) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, *Estado soc. de los mudej. de Castilla*, p. 70 ya cit.

rador, mandábale Ebn-Hud sus cartas, en las cuales hacía presente á don Alfonso el estado de las cosas, pidiéndole que resolviese; y enterado del mensaje, llamaba con toda diligencia el rey de Castilla á los condes Manrique, Ermengold, Poncio y Martín Fernández, «encargándoles que fuesen en auxilio de Seifadola,» y subyugasen las poblaciones de Baeza, Úbeda y Jaén, «con prevención de castigar con mano fuerte los desórdenes de los árabes rebeldes.» «Hiciéronlo así con muy estricta obediencia,» destruyendo cuanto hallaron á su paso y haciendo cuantiosas presas y cautivos; y cuando los habitantes de aquella región sintieron «los efectos de la amenaza dirigida contra ellos, apresuráronse á rogar á Seifadola que les librase de los cristianos, bajo promesa de servirle» en lo sucesivo.

Movido de sus súplicas, y dolido del estrago causado por los condes, congregado numeroso ejército, encaminábase Ebn-Hud á aquellas comarcas desde Murcia; y avistándose con los adalides del emperador, después de manifestarles la sumisión de los rebeldes, solicitaba la devolución y entrega de las presas y de los cautivos que habían aquellos hecho, demanda impertinente como ninguna en circunstancias tales, y que disgustando por extremo á los caudillos castellanos, obligaba al rey de Murcia á prometer que iría con ellos al emperador y que haría lo que éste le mandase. Ante la negativa de los condes, cegado por la ira y contando demasiado con sus fuerzas, Ebn-Hud les amenazaba con la guerra; y rotas por aquel acto las relaciones, trabábase al fin reñido combate, en el cual era Saif-ud-Dauláh no sólo derrotado sino hecho prisionero. «Llevábanlo á las tiendas con intención de presentarle al emperador para que hiciese justicia, cuando sobreviniendo unos soldados» que se llamaban *Pardos* y que le conocían, le dieron muerte, con gran sentimiento de los condes y verdadero duelo de don Alfonso, ya en el año 1146, en que tales acontecimientos se verificaban (1), hallando térmi-

(1) Las circunstancias de la muerte de Ebn-Hud se hallan con cierto aspecto

no, de aquella tan triste como desastrosa suerte, el último representante de la dinastía zaragozana de los Beni-Hud, que en odio á los almoravides se declaraba vasallo de Castilla, gobernaba en tal concepto la población mudejár de Toledo, acompañaba al emperador como caudillo en sus gloriosas expediciones á través del país muslime, y regía por último cual soberano los antiguos reinos de Valencia y de Murcia.

No era sin embargo perdida para la Reconquista castellana la influencia de Saif-ud-Dauláh: las virtudes del hijo de Raimundo de Borgoña; la conducta generosa y noble por él seguida para con los mahometanos sometidos; el ejemplo de Ebn-Hud, ensalzado al trono por el prestigio del emperador, y principalmente, el ansia de mal entendida independencia que sentían las regiones un tiempo convertidas en principados; el conocimiento de la propia debilidad; la necesidad de arrojar para siempre del

dramático consignadas de esta forma en la cit. *Crón. del Emperador* (cap. 92): «... Relicto [cum magno exercitu Zafadola] in facie Christianorum, pacificè venit ad castra eorum, et dixit Comitibus: Reddite mihi captivationem et praedam quam fecistis, et ibo vobiscum ad Imperatorem, et quidquid mihi praeceperit Imperator faciam. Cui Comites responderunt: Absit hoc à nobis; quia tu misisti nuntios Imperatori dicens: Viri Ubetae rebelles sunt mihi, et tibi; et nunc mitte exercitum qui destruat eos et terram suam, et sicut tu et Imperator nobis praecepit, ita nos fecimus. Quibus Zafadola respondit dicens: Si mihi non dederitis omnem captivationem, et praedam, armatus pugnabo vobiscum. Cui Comites responderunt: Modo est tempus et hora, et protinus paratis aciebus commiserunt bellum, et ingravatum est praelium nimis. Postremo Agarenis terga vertentes, victi sunt, et Rex Zafadola captus est in bello à militibus Comitum, quem tenentes, ut adducerent in tentoria sua, supervenerunt milites, quos vocant *Pardos*, et cognoscentes interfecerunt eum.»—Aunque parece desde luego de más autoridad el testimonio de la *Crónica*, no faltan escritores que, siguiendo el del valenciano Aben-Al-Abbar, refieran de modo muy distinto la muerte de Ebn-Hud, diciendo: «Poco tiempo después [de reconocido en Murcia], llegó noticia de las fronteras cómo el Thograi, Alcayde de Cuenca, corría la tierra de Xátiba, y los Cristianos, que venían en su ayuda, talaban y estragaban los campos; y á pocos días envió sus cartas al Naib de Valencia Abdala-Aben-Sad (Abú-Mohámmad-Abd-ul-Láh-ben-Saád-ben Merdenix), en que decía cómo los de el Thograi y su aliado el Tagí Aladfun tenían cercada la ciudad de Xátiba. Á la hora el Amir Aben-Hud y su Walí Aben-Ayadh juntaron su caballería de Murcia, Lorca y Lecant, y escribieron al Naib de Valencia que saliese también con su gente para ir contra ellos. Cuando los Cristianos entendieron estos movimientos, levantaron su campo; y considerando que sería más difícil vencerlos juntos, trataron de venir á encontrar á los de Murcia, de quienes más temían, y dándoles batalla, revolver contra los de Valencia; pero la ligereza

suelo de Al-Andalus las gentes africanas; el desconcierto, la intranquilidad, la inseguridad reinantes,—todo hacía que los musulmanes españoles pusieran sus esperanzas en Alfonso VII, para gozar bajo su amparo y protección de la paz de que tan necesitados se encontraban. Por eso, inspirándose Abd-er-Rahmán Ebn-Ayadh en la política de su antecesor y amigo Ebn-Hud, obtenía al ser aclamado en Murcia primero y en Valencia después, el protectorado de Castilla en las mismas condiciones que lo obtuvo Saif-ud-Dauláh, y en las que al postre el caudillo cordobés Hamdin y más tarde el almoravide Aben-Ganía lo alcanzaban, reconociéndose vasallos y tributarios del príncipe que con justicia se apellidaba Emperador de toda España y señor de ambas religiones.

Sin que sea hacedero determinar la ocasión con la exactitud debida, quizás anhelando recobrar desligados de Valencia oca-

y diligencia de estas tropas fué tanta, que se les adelantaron, y vinieron á juntarse con la gente de Murcia un día antes de que se avistasen ambas huestes. Fué este encuentro en los llanos de Albacete, llamado campo de Lüg en cercanías de Dhingila. La batalla principió á la hora del alba» y en lo más recio de ella, «cayó herido de una lanzada el esforzado Amir Seif-Dola Aben-Hud, que peleaba en lo más ardiente de la refriega, y por la profunda herida que le rompió el pecho salió á vueltas de su sangre su noble ánima» (CONDE, t. II, pág. 303 y siguientes); PONZOA, *Hist. de la dom. de los árabes en Murcia*, cap. XIV, pág. 80 y siguientes, continuando: «Dice Lozano que en este combate murió también el otro amir ó rey de Murcia llamado Ben Handained... cuyo moro se conocía con los títulos de *Al-mostanser Aloski*; y añade que su muerte fué más horrorosa, porque habiendo escapado con vida de la batalla, no quiso sobrevivir á su desgracia, y con una crueldad nunca vista obligó á dos de sus más fieles amigos á que le matasen.» «Pero Casiri, en cuyo aserto se funda Lozano,—prosigue,—cuando refiere el último fin de aquel rey desventurado, asegura que se hizo matar por librarse de caer en manos de sus enemigos» (Véase Casiri, t. II, págs. 56 y 57 en que traduce de Aben-Abbar la biografía de Ebn-Hud). Sirviéndose de estos datos, nuestro discípulo, el caravaqueño Dr. D. Pedro María López, en su tesis doctoral, impresa en Murcia el pasado año de 1888 con el título de *La ciudad de Murcia durante la Edad Media*, expone los sucesos de la misma forma que Conde y que Ponzoa, escribiendo no obstante: «Safad-Dola después de festejado salió para Valencia, á arreglar con su rey el medio de conservar sus reinos.» «Entre tanto Alfonso VII, con quien había roto las relaciones el postre emir de la España oriental, dirigió una expedición (*exposición* dice por errata) contra él, y aunque Aben-Hud se aprestó á la lucha en unión con los de Denia, trabada la batalla cerca de Albacete fueron arrollados los musulimes de tal manera que Safad-Dola cayó en poder de los nobles cristianos, que al conducirlo á la tienda de campaña le dieron muerte» (pág. 31).

sionada autonomía, ó movidos sólo por el espíritu veleidoso, inconstante y tornadizo de la época, por acaso en los momentos en que Aben-Ayadh marchaba á tomar posesión de la ciudad del Turia, cual todo parece persuadirlo,—rebelábase los murcianos contra su autoridad, y deponiéndole tumultuariamente en su ausencia, elegían por Amir y jefe del distrito al arráz Abd-ul-Láh ben-Farach, según patentizan las monedas, en aquel mismo año 540 de la Hégira, que llegaba hasta casi mediados del 1146 de J. C. (1). De corta duración era no obstante la fugaz soberanía del que osaba guiado por mezquinas ambiciones usurpar aquel verdadero puesto de honor, que como tal lo hacían las circunstancias: pues tornando de nuevo Aben Ayadh á Murcia, imponíase á las muchedumbres, y continuaba ya sin contradicción comprobada y manifiesta rigiendo unidas las dos comarcas que le habían aclamado su señor, hasta el año 542 (2 de Junio de 1147 á 21 de Mayo de 1148), en que ponía término la muerte á su carrera (2). Si bien el silencio de los escritores nada en realidad autorice, no se muestra á nuestro cuidar del todo inverosímil el supuesto de que, determinado en 1147 el emperador á apoderarse de Almería, plaza marítima la más importante á la sazón del Mediterráneo, como centro de relaciones con Europa, África y Asia, para lo cual solicitaba el concurso

(1) Comenzó el año 540 el domingo 24 de Junio de 1145 y terminó el miércoles 12 de Junio de 1146.—El Sr. Codera, al formular las *Tablas cronológicas de los dominadores musulmanes en España*, que constituyen el Apéndice XI de su *Tratado de numismática árabe española*, guiado por las monedas coloca á Abd-ul-Láh-ben-Farach ocupando el trono de Murcia del año 540 al 541; y como según la *Crónica del Emperador Alfonso VII*, la muerte de Saif-ud-Dauláh acaeció en 1146, y seguramente en la primavera, y la proclamación de Aben-Ayadh se hizo en Murcia primero y en Valencia después, luego de conocerse el trágico fin de Aben-Hud,—no creemos inverosímil colocar la rebelión de los murcianos en los primeros días de Junio de 1146, con lo cual bien pudo Ben-Farach, que es el Thograí de Conde y Trograi de Ponzoa (*tsagari*, fronterizo con Aragón), ejercer soberanía en Murcia de 540 á 541, pues que este año dió principio el jueves 13 de Junio de 1146.

(2) ABD-UL-GUAHID AL-MARREKOKÍ, *The hist. of the almoh.*, pág. 149 cit.—La relación de Conde varía en absoluto de la que consignamos; los lectores que lo desearan, pueden consultar al propósito el capítulo XL del II tomo de su *Hist. de la dom. de los árabes*, que sirve de guía á Ponzoa y á los que le siguen.

de sus deudos los reyes de Aragón y de Navarra, y tomaba á sueldo naves en Génova y en Pisa,—al penetrar en territorio murciano el ejército guiado por Alfonso, después de señorear á Andújar y causar en los campos, en aquella estación cubiertos de mieses y verdura, estragos horrorosos (1), favoreciese Aben-Ayadh, vasallo de Castilla y continuador de la política de Ebn-Hud, el paso de las tropas por sus dominios, prestándoles al par su apoyo, con tanta mayor causa, cuanto que aun allí, en la codiciada Almería, imperaban con los almoravides, y á la sombra de las revueltas, desalmados piratas que hacían sin distinción sus presas en todas partes (2).

Sea sin embargo como quiera, induce por lo menos en sospecha semejante, el hecho no exento de significación ciertamente, de aparecer como heredero de Ebn-Ayadh en ambos estados de Murcia y de Valencia, y jefe de aquella dinastía mudejár inaugurada por Ebn-Hud, el caudillo Mohámmad-ben-Ahmed-ben-Saád, conocido entre los suyos por Ebn-Merdenix, «deudor al emperador del trono que ocupaba y de sus estados de la España Oriental» (3), y que proseguía en un todo la política del ex-rey de Rueda respecto de Castilla. Era ocasión ya aquella en la cual, eclipsada para siempre en África y Al-Andálus la estrella de los almoravides, resplandecía con singular fulgor poderosa la del almohade Abd-el-Múmen, quien llamado en su desconcierto por los musulmanes españoles del Algarbe, había penetrado en la Península el año 539 de la Hégira (1144 de J. C.), apoderándose sus tropas de Algeciras y de Jerez, sometiendo en 540 á Sevilla, y preparándose á la sazón para conquistar á Córdoba, cuyas puertas les abría por fin en 543 (1148 á 1149) su gobernador Yahya-ben-Alí-ben-Aixa (4). No podía ser, dadas las cir-

(1) Véase en el poema latino de la *Conquista de Almería*, la estrofa 290 (*Esp. Sagr.*, t. XXI). La expedición salió en Mayo de 1147 (Estrofa 50).

(2) FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, *Est. soc. de los mud. de Cast.*, pág. 72.

(3) *Id.*, *id.*, pág. 76.

(4) *Rud-al-Carlás*, pág. 267 á 274.

cunstancias que en el rey de Murcia concurrían y la representación misma que alcanzaba, como jefe en las comarcas orientales de los islamitas españoles, para quienes jamás fué aceptada la dominación africana,—que Ebn-Merdenix, vasallo y feudatario de Alfonso VII, bajo cuya protección subsistía y á cuyas órdenes estuvo siempre,—ante la amenaza de perder la independencia de sus dominios, con la presencia de los almohades, favoreciese los progresos de sus conquistas en Al-Andálus. El ejemplo de Sevilla y de Córdoba, incorporadas con las zonas meridionales de España al imperio de Abd-el-Múmen, evidenciaba los propósitos del sucesor del Mahdí, poniendo de relieve, aunque ya tarde para su remedio, el hecho de que á la dominación onerosa y aborrecida de unos africanos, sucedía por desventura la de otros, no menos ambiciosos aunque más cultos por aventura, con desdoro y triste desprestigio de las razas árabes de España, que habían sido en otros más felices tiempos sus señores.

Por esta causa pues, Ebn-Merdenix y los mahometanos de Murcia y de Valencia, buscaban al amparo del monarca de Castilla no ya sólo el medio de conservar aquella sombra de autonomía de que disfrutaban, sino el de devolver acaso á las demás regiones españolas, como en el siglo VIII.^o lo esperaba Teodomiro bajo la protección de los Califas orientales, la libertad en mal hora perdida, comprendiendo que en tales momentos eran unos mismos los intereses del emperador y los suyos, y que únicamente les sería dado mantener y conservar la independencia ambicionada, bajo la salvaguardia y los auspicios de los ejércitos cristianos. Mientras la mayor parte de las comarcas del Algarbe y del mediodía reconocían humilladas el señorío de los almohades, aún en las del Oriente no habían conseguido los generales de Abd-el-Múmen enarbolar triunfantes sus enseñas, levantada en aquellas zonas como defensa la poderosa avanzada que en Almería tenían los castellanos; ni convenía á los intereses del caudillo africano, ni podía consentir tampoco su ambición y su orgullo, que el puerto más rico del Mediterráneo, promesa para él de nuevas con-